Instituto Pastoral Apóstol Santiago

La mejor receta

Unos padres se lamentaban amargamente de tener tres hijos como los suyos. Desesperados, decidieron consultar a un viejo amigo, médico, famoso por su dureza y su eficacia.

El hijo mayor, de veintisiete años, había terminado los estudios hace unos años. Nunca había trabajado y siempre se quejaba de no encontrar trabajo. Ni ayudaba en casa, ni fuera; ni hacía cursos o cursillos de perfeccionamiento, ni aceptaba suplencias o pequeños trabajos porque él, repetía, era un profesional... Manejaba su buen dinerillo, tenía muchos amigos, casi todos de su misma cuerda.

Los padres lo querían mucho: era un hijo cariñoso, nunca daba disgustos, lo veían débil y poco hecho a la lucha y a valerse por sí mismo... No era cuestión, se decían, de exigirle y amargarle más la existencia.

El segundo, de veinte años, no salía de casa. Ni se relacionaba con amigos ni con chicas. Se encerraba en su habitación y se pasaba las horas en la consola y en el ordenador. No hacía más que comer y lamentarse de lo mal que estaba el mundo: La televisión, repetía, sólo presenta una parte de lo trágico de la realidad.

El más pequeño, de doce años, caminaba con muletas desde la operación de rodillas que le hicieron hace seis años. No era capaz de dejarlas y caminar por su propio pie. Por ese motivo se quedaba mucho tiempo en casa, no hacía deporte, faltaba a clase de vez en cuando y era compadecido y mimado...

El médico amigo les hizo algunas preguntas. Después dijo con rotundidad: Tú, a tus veintisiete años, de ahora en adelante, no aceptes de tus padres ni un solo duro, búscate trabajo y, al mes, si no lo has encontrado, te coges la maleta y te vas a correr mundo. Si no te atreves, que tus padres no se ablanden: que ellos mismos te pongan la maleta en la puerta.

Tú, dijo al segundo, coge una llave de casa, búscate trabajo y no vuelvas, por ahora, más que a comer y a dormir. Y dentro de dos meses sólo vienes a dormir. Búscate una asociación con la que llevar a cabo alguna tarea entre gente que vive en la miseria.

Y tú, dijo al pequeño, trae tus muletas, se las rompió delante sus barbas, y escucha bien: merecías que te las rompiera en las costillas: con ellas nunca ibas a caminar.

Y vosotros, amigos, dijo por fin a los padres, no volváis por aquí hasta que no se haya cumplido mi receta.

Pasado un año, la familia en pleno volvió a visitar al doctor. Le saludaron y, sin palabras, pusieron a sus pies una preciosa escultura compuesta de una maleta, unas muletas y unas llaves y un letrero que decía: “La mejor receta, enseñar a vivir. Quien no exige, no ama”.

Material preparado por el Instituto Pastoral Apóstol Santiago – Disponible en www.inpas.cl. Algunos de estos cuentos fueron encontrados en diversos lugares, sin conocerse su autor. Si eres uno de los creadores de estas obras, escríbenos a comunicaciones@inpas.cl. Te invitamos a utilizar estas narraciones sólo en tu trabajo pastoral, por respeto a los autores de estas obras.